



Prólogo

Mi amigo Juan Carlos Sanz-Briz me ha pedido que prologue este libro. Ha debido pensar que soy algún tipo de experto en palmeras. Pero no, sólo soy un admirador apasionado. Todo el reino vegetal es para mí un enorme bazar donde gozar de la inmensa variedad y de la belleza, a menudo muy sorprendente, de las formas vegetales, y a escalas y tamaños muy diversos. Y no sólo por sus características propias, tamaño, color, textura, forma, estructura, olor, etc., sino, tal vez aún más, por su papel en el paisaje; al cual, además de formar parte, lo conforman de una manera a menudo dominante. La planta en su medio y el medio constituido por la agrupación de plantas. De entre todas las plantas superiores, un grupo se distingue por tener un único punto por el que crecer, lo que las hace tremendamente originales. Son las palmeras. La forma de su copa parece un intento de compensar la imposibilidad de crecer en todas direcciones a base de criar unas hojas muy grandes que se llaman palmas y que se reúnen todas en torno a esa yema única llamada palmito, de donde nacieron. Como si de un fuego artificial inagotable y verde se tratara, de ese centro van surgiendo hacia arriba las palmas, retirándose hacia afuera y hacia abajo para hacer sitio a sus sucesoras al tiempo que, lentamente, el palmito va elevándose hacia el cielo acompañado por la copa que va brotando de él y alargando el tronco, ganando así altura, año tras año, hasta alcanzar los sesenta metros de algunas especies como la Palmera de cera. Este tronco, o más bien fus-

te, tiene en muchos casos un engrosamiento en la base donde se apoya a modo de basa y otro por debajo de la copa, llamado capitel, donde reposa dicha copa. Estos nombres están tomados de las partes de una columna y es natural porque, al fin y al cabo, son como las arquitectónicas, soportes verticales delgados de gran altura. Sólo que lo que soportan son palmas vivas y no vigas o nervaduras inertes y, en contraste con aquéllas, se dejan doblar gentilmente por el viento y, a menudo, no les importa crecer curvadas. Dos mil ochocientas especies de palmeras habitan en nuestro planeta, casi todas en los trópicos. Con ese elenco, es fácil suponer la enorme variedad de formas, tamaños, colores que presentan y de hábitats que pueblan. Aun así, no deja de sorprendernos que las haya de más sesenta metros de altura, como la mencionada palmera de la cera o palmeras trepadoras como el *Calamus*. El aprovechamiento que ha hecho el hombre de las palmeras a lo largo de toda su área de distribución es también asombroso. Todos conocemos los cocos, los dátiles, el aceite de palma y las palmas del Domingo de Ramos, pero hay que saber que de muchas especies se obtienen productos tan variados como vino de palma, cera, tejidos, cuerdas, rafia, crin vegetal, madera, etc. En muchos lugares han ayudado y, en algunos casos, posibilitado la supervivencia de grupos humanos a lo largo de siglos. Son “los príncipes del reino vegetal” como las llamó Linneo. Quiero pensar que más por su belleza que por esos otros atributos utilitarios. Varias especies podrían cultivarse en nuestra ciudad y merece la pena hacer el esfuerzo por aumentar su catálogo que, hoy por hoy,

se reduce a media docena, algunas presentes en este libro. De entre las especies que podemos encontrar en Santander, sin duda la más abundante, representativa y la que más unida está a nuestra historia y a nuestro imaginario es la palmera de Canarias (*Phoenix canariensis*). Esta palmera parece haber encontrado en nuestra tierra un paraíso aún más idóneo para crecer que el de sus islas nativas, hasta el punto de que algún canario me ha llegado a decir, no sin cierta envidia, que aquí las veía más felices y vigorosas que en su tierra. Tiene aquí, además, una importante carga histórica al estar asociada a la epopeya de nuestros paisanos de tiempos remotos, y no tan remotos, que se aventuraron a cruzar el océano para abrirse paso en otro hemisferio y tratar de hacer fortuna allí. Algunos de ellos, no muchos, después de lograrlo, quisieron regresar a La Montaña. Estos indios trajeron consigo sus caudales y la nostalgia de los años que pasaron allá, y para recordarlos plantaron aquí el árbol disponible entonces más parecido y que mejor podía evocar aquellas tierras: la palmera canaria. Dos bisabuelos míos así lo hicieron en Santander. En una ciudad sin duda maravillosa por muchos otros conceptos pero que carece de un patrimonio arbóreo como merece y como su clima le permitiría, la excepción son las palmeras de las que contamos con un buen número, muchas de ellas ejemplares extraordinarios. Por razones dignas de investigar se han venido librando de la negligencia e incluso de la aversión de que han sido víctimas muchos otros árboles en Santander. Se las ve por la ciudad asomando sus penachos solitarios por encima de tejados, recorta-

das contra medianerías o contra el mar, desfilando en grupo por avenidas y paseos, enmarcando palacetes, o bajo la cubierta de otros árboles más altos, pero siempre erguidas, dignas, casi solemnes y siempre bellas. Pero un futuro incierto las espera. La plaga del picudo rojo, que viene matando miles de palmeras en España desde hace años, ha llegado ya a nuestra región y a nuestra ciudad, de nuevo por negligencia de quienes deberían y podían haberlo evitado. Confiamos en que nuestras autoridades pondrán ahora todos sus medios para evitar que perdamos un patrimonio tan valioso. Miguel Soler-Roig y Juan Carlos Sanz-Briz han logrado en este libro mostrarnos, incluso a los que no perdemos ocasión de contemplar estos seres extraordinarios, una forma nueva y muy original de verlos que acrecienta nuestro amor y admiración por ellas. Esperemos que no llegue nunca a ser el testimonio de un tesoro perdido.

Luis González-Camino